

Cultura rock: sujetos “codeando” su lugar

Leila Vicentini

Leila Vicentini es Licenciada en Comunicación Social por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es Profesora Adjunta ordinaria de Comunicación y Teorías Cátedra II (FPyCS-UNLP) y como investigadora se dedica a estudios de cultura rock, jóvenes, comunicación y arte.

Resumen

El interés por comprender los modos en que los jóvenes se relacionan con la música en la ciudad de La Plata nos ubica en la dimensión de la *cultura rock*, uno de los fenómenos más notorios de las culturas contemporáneas urbanas. Este artículo propone recorrer las principales vertientes teóricas de las ciencias sociales que, desde el campo de los estudios de la comunicación y la cultura, permiten proponer una perspectiva epistemológica para indagar en las subjetividades juveniles y los consumos musicales en la Argentina pos-Cromañón.

La problematización acerca de la *cultura rock* y los jóvenes es inseparable de las prácticas, de los actores que las hacen, de los sujetos que producen, de los modos en que asumen la experiencia y nombran la subjetividad como producción de la propia biografía, y de las representaciones que las legitiman. En este sentido, se considera como punto de partida dejar de pensar las estructuras desubjetivizadas vs. los sujetos desestructurados, a partir de lo cual se identifican, describen y analizan ciertas nociones, conceptos y acepciones que han superado dicha dicotomía.

Palabras clave: subjetividad – prácticas sociales – experiencia – sujeto – biografización – representaciones

Keywords: subjectivity – social practices – experience – subject – own biography – representations

Abstract

The interest in understanding the ways in which young people relate to music in the city of La Plata puts us in the dimension of the rock culture, one of the most notorious urban contemporary cultures. This article proposes to explore the main theoretical aspects of the social sciences from the field that studies communication and culture allow us to propose an epistemological perspective to look into the youth subjectivities and musical consumption in Argentina pos-Cromañón.

The deep discussion about the rock culture and young people is inseparable from the practices of actors who make them, the subjects produced, the ways in which they assume the experience and name as the production of subjectivity's biography, and the representations that legitimize them. In this sense, it is considered as a starting point to stop thinking the desubjetivizadas structures vs. the desestructurados subjects, from which identifies, describes and analyzes certain notions, concepts and meanings who have overcome this dichotomy.

Recibido: 20-5-2010 / Aceptado: 28-7-2010

El siguiente artículo forma parte de los avances de la tesis doctoral "Subjetividades juveniles y consumos musicales en la Argentina pos-Cromañón", donde interesa pensar cómo los jóvenes construyen subjetividades a partir de la dimensión del rock como cultura, punto de partida para cimentar un estudio de la *cultura rock platense*. Se presenta aquí la perspectiva epistemológica asumida, aquella que nos permite superar dos determinismos centrales que han operado para legitimar los estudios y problemas en ciencias sociales: las estructuras desubjetivadas vs. los sujetos desestructurados. Una perspectiva que, además, resulta clave para comprender, desmontar y desmantelar los discursos reproductores de una mirada condenatoria de los jóvenes, así como las implicancias atribuidas a la *juventud construida* por los medios de comunicación en la Argentina actual.

SUBJETIVIDAD, EXPERIENCIA Y ACTORES

Se admite que son justamente las prácticas cotidianas las puertas de entrada a los estudios sobre jóvenes, rock y culturas que esta Tesis reconoce como lugar epistemológico, teórico y político de producción de conocimiento social. En tal sentido, se adopta la propuesta de Anthony Giddens (2006 [1984]) acerca de que la "tarea de la ciencia social es alcanzar concepciones sobre la naturaleza de la actividad social humana y sobre el agente humano que se puedan poner al servicio de un trabajo empírico. El quehacer principal de la teoría social es el mismo que el de las ciencias sociales en general: esclarecer los procesos concretos de la vida social". Esto lleva a comprender la realidad social como una construcción intersubjetiva cuyos significados se encuentran anclados en prácticas, discursos, experiencias, percepciones juveniles sobre los mundos de la vida, que enmarcan en un nivel más general la construcción del objeto de la investigación: *la estructuración de la cultura rock platense*.

Al pensar la realidad social como construcción intersubjetiva se reconocen los aportes del movimiento intersubjetivo de la mano de las corrientes interpretativas, como el interaccionismo simbólico, la fenomenología social y la etnometodología, que luego la sociología reflexiva de Pierre Bourdieu, Zygmunt Bauman, Ulrich Beck y Anthony Giddens se encargarían de coronar. Se trata de considerar preguntas en torno a la naturaleza de la acción humana, al ser que actúa, a los modos que asumen las interacciones y al resultado de la actividad de los sujetos para dar sentido a sus prácticas en la vida cotidiana, al carácter reflexivo, activo e intencional de la conducta humana, pese y por las constricciones de las instituciones y los principios estructurales.

En las ciencias sociales el momento actual es definido, principalmente, por el abismo profundo que se abre entre los marcos regulatorios, las instituciones tradicionales y la subjetividad de los actores sociales (Saintout, 2009). El lugar trascendente de los procesos de subjetivación amerita un enfoque desde la perspectiva del sujeto como actor social relevante en la configuración de los mundos de la vida. Es aquí donde el consumo musical emerge como un objetivo particular de la Tesis en relación con un tipo de conocimiento social, el rock, que se encuentra profundamente arraigado en las culturas juveniles que habitan la ciudad de La Plata y que se afirma como un saber práctico, como una experiencia subjetiva y como una práctica sociocultural de la música, a partir de la cual los jóvenes construyen relatos comunes, expectativas biográficas y configuran percepciones acerca de los mundos juveniles de la vida en la Argentina pos-Cromañón. Para ello resulta fundamental detenerse en el carácter construido de lo que denominamos "cultura rock platense".

La problematización acerca de la *cultura rock* se asume desde una mirada que reconoce su legitimación a partir de los desplazamientos operados en el

campo académico de la comunicación y la cultura, donde la transformación de la sensibilidad, el placer, la percepción de lo social y la construcción de la socialidad habilitan en la investigación social enfoques orientados a las transformaciones de la vida cotidiana, de los modos de sentir, de conocer y de congregarse de los jóvenes. Pensar la comunicación desde la cultura es pensar la cultura como dimensión significante de lo social (en sus dimensiones simbólica, material e histórica), como arena de lucha por los sentidos legítimos que una comunidad da al mundo en que vive; es pensarla como espacio de identidades, como creación e innovación en las prácticas sociales y como terreno de dominación y reproducción (Saintout, 2003). La cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social, anclados históricamente y, por ello, políticamente disputados.

Los aportes de las corrientes de la teoría social que han tratado de integrar los dualismos macro-micro y estructura-agencia para pensar los modos del conocimiento del mundo social contribuyen a la comprensión específica de la cultura rock platense. El concepto de dualidad de la estructura ofrece una forma de estudiar la producción de la vida social que se configura en lo que denominamos *cultura rock*, donde mediante prácticas sociales contextualizadas –en este caso, vinculadas a la música y sus contornos– los jóvenes conforman sus vidas y experiencias, siendo la actividad humana el espacio que permite la interacción social donde se entreteteje la estructura¹ y la *agencia*², y donde la comunicación, en tanto saber transdisciplinar, se torna ineludible para su esclarecimiento.

Asimismo, la teoría del *habitus* de Bourdieu resulta útil para explicar cómo se recrean las dimensiones estructurales en la cultura rock platense. Bourdieu (1991) vincula la acción a la estructura mediante el concepto de *habitus*, conjunto de modos de entender que son constitutivos de una sociedad o grupo y que

son disposiciones que organizan la práctica sin determinarla. En *Sociología de la Cultura*, el autor concibe la realidad social como un proceso dinámico de estructuración formadora de la práctica, y no como mera contingencia de la acción o exclusiva objetividad de la estructura. El *habitus* generado por las estructuras objetivas genera, a su vez, sistemas de prácticas y representaciones, otorgando a la conducta humana esquemas de percepción, experimentación y clasificación de lo real. En las prácticas y percepciones del mundo se hacen acto las disposiciones del *habitus*, y si bien los agentes tienden a reproducir las condiciones que engendraron sus *habitus*, estas disposiciones pueden ser transformadas en circunstancias nuevas.

Al acercarnos a las preguntas sobre los modos que asume la estructuración de la cultura rock platense, escoger la perspectiva de los actores³ permite emprender un proceso de construcción de conocimiento que recupere la realización de los procesos subjetivos de la experiencia sociocultural de los jóvenes en torno a la música y la cultura, para pensar aquellos procesos de producción de sujetos, prácticas y estructuras, subjetividades, experiencias y representaciones de las culturales juveniles sobre la vida en la Argentina pos-Cromañón. En este punto, es necesario comenzar a precisar las nociones de subjetividad y experiencia que utilizamos en la Tesis.

Para hablar de subjetividad es importante señalar que su emergencia en el campo de las ciencias sociales remite a la crisis de los paradigmas de análisis estructuralistas, que pretendían explicar la acción y la conciencia social por la determinación de las estructuras, de las cuales los sujetos eran sólo epifenómenos (Saintout, 2003). Hablar de subjetividad requiere señalar algunas enunciaciones que, presentes en las ciencias sociales, dan cuenta de un término que escapa a una definición única pero que resulta de gran utilidad para comprender la interacción entre los grandes procesos sociales y las pequeñas escenas de

1 Siguiendo a Giddens, podemos entender la estructura como las reglas y recursos de las que la gente hecha mano para producir y reproducir sus actividades. Las primeras denotan, por un lado, la constitución de sentidos, y, por otro, la sanción de modos de conducta social. Los recursos son de asignación o de autoridad y son empleados en la generación de dominio y/o de poder. La estructura pensada como un grupo con relaciones internas específicas, entrelazadas y a la vez en tensión. Para Bourdieu, las estructuras no son externas a los individuos, en tanto huellas mnémicas, y en tanto ejemplificadas en prácticas sociales, son en cierto aspecto más internas que externas.

2 Según Bourdieu y Giddens, la agencia humana se define como la capacidad autónoma que tienen los sujetos sociales de construir su propia vida e influir en los procesos sociales en los cuales participan en escenarios de interacción de naturaleza situada –en un espacio temporal– con otros sujetos copresentes, a través de prácticas sociales estructuradas y estructurantes.

3 La perspectiva del sujeto en la sociología reflexiva hace referencia a lo que los actores aplican a las circunstancias de su existencia. Y que necesita ser representado, imaginado, reproducido y modificado.

interacción cotidiana, y que, a su vez, provoca efectos en las tramas vinculares y los modos de interacción de las culturas juveniles, sobre la forma de pensarse a sí mismas y a los otros.

La subjetividad ha sido entendida como un proceso de producción de significados de naturaleza social que se constituye en la trama vincular y que trasciende al sujeto (Pichon-Rivière, 1985). Éste aparece así como un sujeto más allá de sí, producido socialmente, en relación a otro. Otros enfoques postulan que la presencia de lo subjetivo en la vida social se debe al debilitamiento de las relaciones sociales que sostenían al individuo: familia, trabajo, clase (Lash y Urry, 1997; Reguillo, 2000; Saintout, 2003).

Desde la sociología reflexiva, la subjetividad se presenta como la dimensión de los fenómenos sociales que se relaciona con las formas en que los sujetos se apoderan de –y son apoderados por– las estructuras sociales para reproducir el orden social. En la sociedad reflexiva, la estructura social se desplaza hacia lo informal, lo que supone la liberación de los individuos del encapsamiento de las instituciones, y permite la emergencia de nuevos conceptos como acción, subjetividad, saber crítico, creatividad. Es el retorno a la incertidumbre (Beck, 1998). Para Giddens, la subjetividad se refiere a la mediación que actúa dentro de las prácticas sociales como organizadora cognoscitiva (interpretativa) de la actividad intencional del individuo, que él denomina *agencia*.

Para los teóricos de la modernidad tardía estamos ante un nuevo posicionamiento del sujeto en una nueva sensibilidad de época, una nueva subjetividad que se nutre de una nueva forma de individualismo que atraviesa las identidades juveniles a través de sus prácticas y sus consumos (Featherstone, 1995; Lash, 1997), y que es a la vez autoafirmación y goce de sí, reivindicación y realización personal (Beck, 1999). Sobre este último aspecto, la cultura posmoderna de la subjetividad –como imperio de los valores vivencia-

les– hace referencia al “proceso de personalización” que se promueve como valor fundamental a través de la realización personal y el respeto a la singularidad subjetiva. Una cultura del yo donde no hay límite ni frontera que se oponga a la autoridad de la experiencia; deseos individuales que traen de la mano la transformación de los estilos de vida unida a la revolución del consumo. El hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo es el vivir con libertad escogiendo íntegramente el modo de existencia de cada uno (Lipovestky, 1996). La biografía de la vida propia se ha vuelto modo de vida, condición estructurante de las juventudes actuales.

Al mismo tiempo, la subjetividad es el territorio en el que se hace evidente la forma que adquiere la experiencia histórica, la pertenencia a una época determinada en el devenir de la historia personal, generacional y social. En esta explicación, la subjetividad se comprende como facticidad, en el sentido otorgado por la filosofía heideggeriana:

En esta filosofía, la subjetividad se conoce como “facticidad” y alude a la concreción de ese encontrarse en una situación y de encontrarse a uno mismo en esa situación, doble encuentro en el que un momento específico aparece como vivido. La facticidad comporta un espesor significativo que en el seno del sujeto adquiere el valor de una memoria social incorporada. Dicho de otro modo, es el cruce preciso de la biografía en la historia y de ésta última en la constitución de los sujetos. Esa experiencia convierte a la subjetividad en receptáculo y resorte de la historia: la biografía es la subjetividad en su despliegue y la historia se inflexiona como facticidad-devenir en las subjetividades (Urresti, 2008).

Por otra parte, la subjetividad se modula mediante la internalización de lo social, lo que nos permite pensar una relación articulada entre discursos, emociones y pensamientos, perceptibles y manifiestos a nivel de la vivencia personal pero aún no sedimen-

tados como formación cultural de una sociedad. La sospecha de Raymond Williams acerca de la vivencia privada de las experiencias (emociones) nos permite sostener la particularidad de una “gramática de las emociones”, entendiéndolo que éstas no se manifiestan “de cualquier manera”; antes bien, se exteriorizan según ciertas pautas socialmente aprendidas (Le Breton, 2002). En este sentido, el despliegue de la actividad subjetiva va de la mano de la transformación del mundo de la experiencia. Desde una mirada que parte de la vincularidad y de la interacción como formas básicas de la experiencia humana, la subjetividad no puede ser un carozo ni una estructura cosificada. El sujeto sólo adviene como tal en la trama relacional de su sociedad. La subjetividad es la forma distintiva que en cada uno de nosotros adopta el vínculo humano-mundo y característica de la cultura entendida en sus transformaciones históricas y en los rasgos que identifican su configuración en cada época.

Pero, además, como entiende Lawrence Grossberg (2003), la subjetividad es espacial, en la medida en que se vive el mundo desde una posición específica en el espacio-tiempo, y está también relacionada con el movimiento y la trayectoria de los demás (Mattelart y Neveu, 2002). De esta manera, la subjetividad es una construcción sin final, y no un punto de partida o de llegada fijo desde donde uno interactúa con el mundo. El efecto de esta interacción se llama experiencia y así se produce; no mediante ideas o valores externos, causas materiales, sino con el compromiso personal, subjetivo, en las actividades, discursos e instituciones que dotan de importancia –valor, significado y afecto– a los acontecimientos del mundo (De Lauretis, 1992). En este sentido, la subjetividad –como la identidad social– es siempre precaria, contradictoria y en proceso, y los individuos son siempre el espacio de lucha de conflictivas formas de subjetividad, cuyo funcionamiento admite el azar y lo imprevisible.

Es así que para comprender las subjetividades juveniles que *pro/evoca* la música, particularmente el rock, necesitamos dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través de las prácticas sociales, los discursos y las representaciones, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos lo que son constituidos por medio de la experiencia. El sujeto sólo adviene como tal en la trama relacional de su sociedad. ¿Qué significa ser un sujeto? Fundamentalmente, los sujetos son constituidos discursivamente y tienen *agencia*. Ser un sujeto significa estar sujeto a condiciones definidas de existencia, condiciones de dotación de agentes y condiciones de ejercicio. Desde los Estudios Poscoloniales, para Gayatri Spivak (1988) estas condiciones, que son asignaciones de posiciones-sujeto, hacen posible elecciones que no son ilimitadas. El sujeto no se caracteriza solamente por su subjetividad, sino por ser al mismo tiempo capaz de objetivar, es decir, de convenir, de acordar en el seno de la comunidad, de producir un imaginario común y por tanto de construir su realidad. El sujeto admite en el reconocimiento de la necesidad de *otro* que no puede, y no quiere, ser *solo*.

Desde los Estudios Semiológicos de Cine, Teresa de Lauretis (1992) propone una teoría materialista de la subjetividad. En ella no se puede partir de la noción ya dada de sujeto; por el contrario, se debe acercarse al sujeto desde los mecanismos, desde las tecnologías sociales en que éste se construye, es decir, desde las formas de producción. Para la autora: “El sujeto es donde se forman los significados y sí, al mismo tiempo, los significados constituyen los sujetos”.

En los Estudios Culturales la cuestión del sujeto es epistemológica en el sentido más amplio del término. En palabras de Grossberg (2003):

El sujeto describe una posición dentro de un campo de subjetividad o de un campo fenomenológico, producido por

una máquina subjetivante específica (dado que no todas las subjetivaciones son subjetificaciones). Todos experimentamos el mundo, por tanto, la subjetividad debe ser un valor universal. Todo el mundo tiene cierta forma de subjetividad y con ello, al menos en un sentido, existe como sujeto (recordamos que hay diferentes formas de existencia del sujeto). Todo el mundo existe en el centro de un campo fenomenológico y, por consiguiente, tiene cierto acceso a la experiencia, a cierto conocimiento de sí mismo y su mundo. Puede suceder que la subjetividad como valor necesario para la vida está desigualmente distribuida, que algunos individuos tengan la posibilidad de ocupar más de una posición, que algunas posiciones brinden perspectivas específicas de la realidad diferentes de otras y que algunas lleguen a valorarse más que otras (...) aunque todos los individuos existen dentro de los estratos de la subjetividad, también están situados en determinadas posiciones, cada una de las cuales permite y restringe las posibilidades de la experiencia, de representar esas experiencias y de legitimar esas representaciones.

Esta cita conecta con la otra noción que interesa en este marco: la experiencia. Encontramos aquí un término ubicuo que presume de una variedad de significados, signos y valores en la vida cotidiana. La experiencia es una práctica, un texto y una representación. La variedad de sus definiciones se puede apreciar en los siguientes enunciados:

- la experiencia es algo que la gente tiene: concebida como interna o subjetiva es una expresión del ser o de la conciencia de un individuo; concebida como externa u objetiva corresponde al material sobre el que la conciencia actúa;

- la experiencia es conocimiento recolectado de eventos pasados, ya sea por observación consciente o por consideración y reflexión. Aquí podemos mencionar la metáfora visual en el sentido que le otorgaría el paradigma positivista de la ciencia;

- la experiencia es una clase particular de conciencia, que en algunos contextos se puede distin-

guir de la razón o el conocimiento. En el siglo XX esta conciencia ha venido a significar una total y activa percepción, incluyendo el sentimiento tanto como el pensamiento. La noción de experiencia como un testigo subjetivo se ofrece no sólo como la verdad, sino como la más auténtica forma de verdad, como la base para todo razonamiento y análisis (Williams, 2000 [1983]);

- la experiencia ha adquirido durante el siglo xx otra connotación, diferente de estas nociones de testimonio subjetivo como inmediato, verdadero y auténtico. En este uso se refiere a influencias externas a los individuos –condiciones, instituciones, formas de creencia o percepción sociales–, cosas reales fuera de ellos a las que reaccionan y que no incluyen su consideración o su pensamiento, y donde el conocimiento es concebido como “un ensamblaje de representaciones exactas” (Rorty, 1979);

- la experiencia es el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. Mediante ese proceso, uno se ubica o es ubicado en la realidad social y de ese modo se perciben y comprenden como subjetivas (referidas y originadas en uno mismo) esas relaciones –materiales, económicas e interpersonales– que de hecho son sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas (De Lauretis, 1992);

- la experiencia es una fuente confiable de conocimiento porque se apoya en el contacto directo entre la percepción del historiador y la realidad (Collingwood [1946] en Scott, 1992);

- la experiencia, como sentir que conjuga las ideas de influencia externa, sentir subjetivo, lo estructural, lo psicológico, es una influencia mediadora entre la estructura social y la conciencia social. “La gente no sólo experimenta su propia experiencia como ideas, dentro del pensamiento y sus procedimientos. También experimenta su propia experiencia como sentir”. El aspecto unificador de la experiencia permite dar cuenta de la *agencia* (Thompson, 1984);

- la experiencia es un evento lingüístico (no ocurre fuera de significados establecidos), pero no por eso está confinada a un orden fijo de significado. Ya que el discurso es por definición compartido, la experiencia es tanto colectiva como individual. Así, la experiencia es la historia de un sujeto y el lenguaje es el sitio donde se representa la historia (Butler y Scott, 1992);

- "La experiencia es siempre, al mismo tiempo, ya una interpretación y algo que necesita ser interpretado". Siempre ya interpretada, la experiencia requiere siempre ser interpretada y su móvil es la demanda de sentido. Lo que cuenta como experiencia no es ni evidente ni claro, ni directo: está siempre en disputa y, por lo tanto, siempre es político. El estudio de la experiencia debe, por consecuencia, poner siempre en cuestión su estatus originario en la explicación histórica. La experiencia no es el origen de nuestra explicación, sino aquello que queremos explicar. La experiencia interroga y abre nuevas maneras de pensar acerca del cambio (Scott, 1992).

El despliegue de la actividad subjetiva va de la mano de la transformación del mundo de la experiencia. Los mundos de vida pertenecen al campo de las vivencias, al terreno en que se articula la subjetividad y se constituye el ámbito donde se define la estructura histórica y social de la experiencia. De este modo es que la experiencia musical cotidiana y subjetiva es, a la vez, una realidad social. Pensar la subjetividad como la gran productora de sentido implica reflexionar acerca de diferentes interpretaciones y puntos de vista, de la problematización de la percepción, la intransferibilidad de la propia biografía, la exclusividad de "mi" historia. Si retomamos el concepto de "estructura del sentir" de Williams,⁴ que se orienta a explicar la experiencia del presente del sujeto como una afección, como un afecto marcado por el presente, es posible decir que la subjetividad es sólo inteligible en su tiempo (De la Peza Casares, 2009).

BIOGRAFIZACIÓN, PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES

La justificación de las acciones, la expectativa de comprensión personal, la narración autorreferencial, la exhibición del sentir y la revelación de los sentimientos, configuran claves de acceso a la biografía de los jóvenes, término relevante para esta reflexión teórica y que corresponde a la teoría de la individualización de Beck (1999). En esta teoría, el individuo tiene que producir su propia biografía como modo de vida. Aquí operan la dimensión de la experiencia subjetiva y la situación objetiva de la vida junto a la percepción del tiempo propio y el de los sistemas sociales. El concepto de individualización se concentra en un determinado aspecto de la forma de vida: el modo de vida. La individualización alude a la dimensión de la conciencia subjetiva así como a la situación objetiva de la vida. Significa que el hombre aparece como constructor de su identidad, como planificador de su curso de vida, como usufructuario racional estratégico y, en lo posible, también como productor de relaciones sociales.

Así, la biografía es entendida cada vez más como carrera, como proceso de formación y búsqueda, como destino familiar individual o como proceso de marginación, y cada vez menos como cumplimiento de un guión biográfico con la impronta específica de un grupo (Rosenmayr y Kolland, 1999). La biografía juvenil, la forma de vida propia en los jóvenes, es una forma de vida significativa de la época. Respecto de la juventud, Werner Fuchs afirma en su investigación empírica *Jugend`81*:

La juventud, como preparación para la existencia adulta, es cubierta y cargada de formas o, cuando menos, posibilidades de vida por propio riesgo y derecho. La etapa de la vida que está al servicio del desarrollo de la individualidad contiene, de manera creciente, espacios de acción y exhortaciones a la acción que presuponen la individualidad. La edad de la

4 El "sentir" aparece como un estado causado por una afección; su definición es más imprecisa que la de "sentimiento", que supone la posibilidad de objetivación y de denominación de lo que se experimenta.

vida que está al servicio de la preparación del modo de vida individual es ella misma individualizada. El cambio de status adquiere rasgos de una biografía juvenil (Beck, 1999).

Los jóvenes no son sólo individualizados, se individualizan ellos mismos. De esto trata la biografización de la juventud: de volverse activo, de luchar, de configurar por sí mismo la vida propia, del descubrimiento-inención de sí mismo. La vida propia se convierte en un problema cotidiano de acción, puesta en escena y presentación de sí mismo. La vida propia, sobre todo la de los jóvenes, es la vida experimental, la vida a prueba. A la vez, el mundo de la vida de los jóvenes es una arena de lucha de mundos de sentido rivales. Los heterogéneos mundos de significado y de experiencia de los jóvenes los obligan a comprenderse y a organizarse a sí mismos como sus propios constructores. La identidad se transforma en un hábito de búsqueda que no acaba jamás (Beck, 1999). La individualización es un proceso epocal que nombra la configuración contradictoria de futuro; un futuro que se les escapa de las manos a los adultos y crece en los jóvenes como poder de decisión y de definición.

Así como la teoría de la individuación alude a llevar una vida ajustada a los propios deseos, una vida que uno mismo ha escogido, las vivencias son del orden de la subjetividad. Si consideramos la experiencia de la música como una vivencia creadora de biografía y no como un mero reflejo de la identidad, se torna importante resaltar que las experiencias biográficas están nutridas de prácticas musicales de escucha, de creación, de circulación, de exhibición, de difusión. De este modo, la práctica es constitutiva de la subjetividad en tanto el sujeto se busca y se encuentra en su hacer, más que en su producto.

El fenómeno de la percepción estudiado por la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty –que se interesa por comprender el cómo de la experiencia vivida– resulta útil para advertir que en el origen de

las experiencias musicales la naturaleza prelingüística de contenido no conceptual juega un papel estructurante en la configuración de prácticas musicales (hábitos, habilidades y técnicas) y sus significados subjetivos, sociales y medioambientales. Considerando una investigación de carácter social, y la relación del investigador con su objeto de estudio, la percepción es siempre percepción de un objeto cuya existencia intencional está en función de su relación con el sujeto perceptor.

Según la fenomenología de cuño merleopontiano, es posible acceder a la experiencia en la inmediatez de intuiciones subjetivas:

Si, efectivamente, la experiencia personal vivida está fundada sobre la participación total inevitable del sujeto en el mundo de la vida que abre la subjetividad hacia el mundo social, cultural y natural del sujeto, la manoseada distinción entre emicidad y eticidad queda neutralizada: tanto la subjetividad del investigador como la del colaborador alocultural están unidas por su condición existencial compartida de “ser en el mundo”. El hombre está en el mundo, es en el mundo que se conoce (Merleau-Ponty, 1997).

Y éste es el mundo de las prácticas. Para la historiadora Christine Stansell, las prácticas sociales en toda su “inmediatez y totalidad constituyen un dominio de experiencia sensual (una realidad prediscursiva sentida, vista y conocida directamente) que no puede ser abarcada por el lenguaje” (Scott, 1992). Para la hermenéutica de Hans-George Gadamer, si bien el lenguaje es la interpretación global del mundo, la condición de posibilidad y mediación de nuestra experiencia del mundo también admite que esta experiencia “nunca es sólo un proceso lingüístico ni se agota en el lenguaje” (Koselleck y Gadamer, 1997).

En la sociología reflexiva las prácticas sociales están situadas en un espacio y un tiempo, y aluden a aquellas actividades humanas de carácter recursivo

donde los actores sociales se recrean de continuo a través de los mismos medios por los cuales se expresan en tanto actores. En sus actividades, y por ellas, los agentes reproducen las condiciones que hacen posibles esas actividades (Giddens, 2006 [1984]). La reflexividad de este fenómeno es una actividad singular de las acciones prácticas –su carácter metódico–, de las circunstancias prácticas, del conocimiento común, de las estructuras sociales y del razonamiento sociológico práctico.

Asimismo, la perspectiva teórica del *habitus* bourdiano resulta de gran utilidad para explicar las prácticas juveniles que se constituyen en su dimensión material e histórica, y que se afirman en contextos sociales de incertidumbre y de vulnerabilidad en la Argentina contemporánea. La noción de *habitus* alude a la internalización de estructuras, modos y formas de actuar que han sido propias de generaciones anteriores y son recreadas por las nuevas generaciones. El *habitus* se refiere a un sistema de disposiciones para la práctica, para la acción. En este sentido, el *habitus* de clase opera como un sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, de esquemas de percepción y de apreciación (disposiciones), de acciones y representaciones (tomas de posición).

Si consideramos las prácticas musicales que privilegian actores con determinados capitales culturales, en este caso jóvenes vinculados a bandas de rock platense que transitan o transitaron estudios universitarios en la ciudad de La Plata, la teoría del *habitus* se vuelve útil para explicar las formas de relaciones de poder, los estilos de generación y la circulación y consumo de símbolos y significados que definen los modelos de percepción y de acción de las culturas musicales frente al mundo social. En tanto prácticas sociales, las prácticas musicales definen escenarios de interacción, territorios, sedes y productos; son indicadores de la acción y la relación de sujetos en situaciones y momentos históricos. Entre

ellas se pueden identificar prácticas de interpretación, producción, distribución, circulación, exhibición y difusión musical, y prácticas de escucha, audición, consumo, recreación, resemantización, sentido o significación musical. Las prácticas también están asociadas a las manifestaciones de la corporalidad: aprender a tocar un instrumento, a bailar, improvisar, dirigir, escuchar.

De esta forma, es posible considerar que el principio generador de las prácticas juveniles, particularmente las prácticas musicales, debe buscarse en los esquemas que constituyen el *habitus*, noción que conecta con la teoría de las representaciones sociales de la psicología social (Moscovici, 1981), en tanto y en cuanto constituyen sistemas de referencia que permiten a los actores interpretar y dar sentido al mundo. De esta perspectiva teórica se recuperan las “representaciones”, entendidas como categorías que les permiten a los actores clasificar información, acontecimientos, fenómenos, sujetos y realizar valoraciones, y donde las experiencias y saberes prácticos que los jóvenes recrean dentro de los procesos de socialización musical constituyen un elemento central para el estudio de la “cultura rock platense”.

Las representaciones sociales son esquemas de conocimiento compartido que constituyen modalidades de pensamiento práctico orientadas hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. La caracterización social de los contenidos o los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás (Jodelet, 1984). Epistemológicamente, la Tesis se propone partir del reconocimiento de las categorías producidas por los sujetos en torno a las experiencias legitimadas en las representaciones invocadas sobre los mundos juveniles de la vida.

Finalmente, las prácticas sociales cobran sentido en el interior de las representaciones sociales, que le proporcionan inteligibilidad y competencias de agencialidad. Si bien asumimos que la producción social de la subjetividad siempre está inmersa en procesos simbólicos de significación, la experiencia subjetiva que produce la música tanto como las formas de socialización musical son diversas, si consideramos los consumos de los diferentes sectores sociales y las pautas estéticas e ideológicas de preferencias y sus disputas en el campo musical y social. Las discusiones en torno al carácter sociocultural de la música y la experiencia subjetiva que *pro/evoca* conforman otra dimensión de conocimiento significativo en la construcción de la perspectiva teórica de esta investigación, que se pretende para otro artículo.

BIBLIOGRAFÍA

BECK, Ulrich, *Hijos de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

_____, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.

BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.

BUTLER, Judith y SCOTT, Joan, *Feminists theorize the political*, Routledge, London, 1992.

DE LAURETIS, Teresa, Alicia ya no (*Feminismo, Semiótica, Cine*), Cátedra, Madrid, 1992.

DE LA PEZA CASARES, María del Carmen (ed.), *Comunicación y sujetos de la política*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2009.

FEATHERSTONE, Mike, *Undoing culture, Globalization, Postmodernism and identity*, Sage Publications, London, 1995.

GIDDENS, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006 (1984).

GROSSBERG, Lawrence, "Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?", en Hall, Stuart y Gay,

Paul (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

JODELET, Denise, "La representación social: fenómenos, conceptos y teorías", en Moscovici, Serge, *Psicología social*, Paidós, Barcelona, 1984.

KOSELLECK, Reinhart y GADAMER, Hans-George, *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997.

LASH, Scott, "La reflexividad y sus dobles. Estructura, estética, comunidad", en BECK, Ulrich; GIDDENS, Anthony y LASH, Scott, *Modernización reflexiva*, Alianza, Madrid, 1997.

LASH, Scott y URRY, John, *Economías de signos y espacios*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997.

LE BRETON, David, *La sociología del cuerpo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2002.

LIPOVESTKY, Gilles, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1996.

MATTELART, Armand y NEVEU, Eric, *Los Cultural Studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*, Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 2002.

MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 1997.

MOSCOVICI, Serge, "On social representations", en Forgas, Joseph (ed.), *Social cognition: perspectives in everyday understanding*, Academic Press, Londres, 1981.

PICHON-RIVIÈRE, Enrique, *Teoría del vínculo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.

REGUILLO, Rosana, *Emergencia de culturas juveniles*, Norma, Buenos Aires, 2000.

RORTY, Richard, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

ROSENMAIR, Leopold y KOLLAND, Franz, "Mi modo de ver no es tu modo de ver", en Beck, Ulrich, *Hijos de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

SAINTOUT, Florencia, *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

_____, *Abrir la comunicación*, Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 2003.

SCOTT, Joan, "Experience", en Butler, Judith y Scott, Joan, *Feminists theorize the political*, Routledge, London, 1992.

SPIVAK, Gayatri, "¿Puede hablar el Sujeto Subaltero?", en *Orbis Tertius*, Año III, n° 6, 1998.

THOMPSON, Edgard, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984.

URRESTI, Marcelo, *Ciberculturas juveniles*, La Crujía, Buenos Aires, 2008.

WILLIAMS, Raymond, *Palabras clave*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000 (1983).